

## **El misterio tamizado**



**Pedro Martín González**

**Kenshinkan dôjô 2018**

Es del todo imposible repetir el momento único en el que un arte alcanza la máxima expresión de su belleza.

Esa cúspide de la expresión artística es la manifestación de un Misterio, un enigma que aparece de súbito pero sustentado en iniciativas anteriores, apoyado en precedentes que impulsaron verdaderos gigantes cuyas ideas, lúcidas y valientes, habrían empujado a sus descendientes hacia la creación suprema: un acto que habría de llegar pasadas una o dos generaciones.

En efecto, ellos, los gigantes, asumieron un día la responsabilidad de organizar el andamiaje sobre el que otros habrían de construir catedrales, pintar madonas, descubrir nuevos y alejados mundos, escribir tratados filosóficos, componer piezas musicales de altura.

Los gigantes no nacieron en el momento perfecto. No lo hicieron para disfrutar de esa corriente de emoción que sí vivirían, plenamente, sus sucesores: los afortunados artistas geniales, quienes sí estuvieron allí en el instante preciso y en el lugar adecuado.

Éstos, los genios, se habrían ido reuniendo al calor de los rescoldos, siguiendo la estela de sus ídolos, sumándose a la corriente trazada por los maestros, alcanzando así esa suma de resultados que proporciona la unión de los contrarios -orden y entropía- que surge cuando el azar logra estrechar unas distancias infinitas y la resultante es un tiempo de arte verdadero.

Así ha sido y así continúa siendo. Los genios triunfaron por ser genios pero, también, por haber tenido la fortuna de aparecer en el espacio-tiempo oportuno.

Hasta llegar al declive de su arte los genios habrían creado obras sublimes cuya altura puede advertirse en tiempos ya pretéritos: unos tiempos a veces tan remotos como remota es la epopeya del ser humano. Sí. Porque también el arte es cíclico y el Misterio aparece y desaparece formando parte de esa curva infinita de belleza y decadencia.

El genio termina un día por alejarse de la razón espiritual de su arte y entonces aparecen las derivaciones, las nuevas tendencias, las líneas

nuevas de actuación. Es ese mismo momento -cuando también el Sol abandona su cénit y comienza a buscar el horizonte- cuando la luz de las obras de arte pierden esplendor, abandonan la emoción, olvidan lo que un día fue su esencia más íntima.

Será en ese instante de primera decadencia que otra luz, más tamizada, vaya haciéndose con personas, emociones, hechos, sentimientos o afectos.

Transcurrido un tiempo todo se habrá transformado en noche, que no es otra cosa que ausencia de luz.

El arte habrá dejado de ser verdadero quedando solo en pie multitud de variantes, miles de visiones diferentes, infinidad de opiniones.

El artista se habrá alejado inexorablemente del Misterio, de aquella primera intuición que un día motivó a los gigantes a dar aquel primer paso alucinante.

**Kenshinkan dôjô 2018**